

¡Señor, enséñanos a rezar como se debe! (Domingo XXX T.O.)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Abre, Señor, nuestros corazones a tu Palabra. Que Ella sea luz en nuestro camino, para conocerte y conocernos, descubrirte en nuestros hermanos y amarlos como tu Hijo nos enseñó. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo.

Lc 18,9-14

En aquel tiempo, ⁹ Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: ¹⁰ «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. ¹¹ El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. ¹² Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. ¹³ El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. ¹⁴ Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

¿A quién cuenta Jesús esta parábola? ¿De qué trata la historia? ¿Dónde se desarrolla?
Fíjate bien en los gestos y en las palabras de cada uno de los personajes de la parábola.

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué? ¿Por qué crees que Jesús cuenta esta historia?

Los fariseos pertenecen a un grupo religioso que pretendía representar al verdadero Israel que cumplía fielmente lo que Dios le mandaba. Según ellos, cumplir a raja tabla los mandamientos era la garantía segura de tener contento a Dios y esperar de Él la recompensa de la salvación. Por otro lado, los publicanos representaban a un grupo “oficialmente pecador” porque colaboraban con los romanos en la recaudación de los impuestos. A primera vista las obras de un fariseo eran presumiblemente buenas delante de Dios, mientras que la del publicano eran malas.

En esta historia Jesús ofrece una enseñanza sobre las condiciones interiores de la oración. Para Jesús, ¿quién de los dos personajes fue escuchado por Dios en su oración? ¿Por qué?

¿Qué hace falta, entonces, para que Dios escuche nuestra oración?

HABLA CON DIOS (REZA)

Ahora es el momento de responder a Dios que nos ha hablado en su palabra. Cierra los ojos unos momentos y contempla a Jesús clavado en la Cruz rezando a Dios Padre. Imagina que estás ahí con los dos escuchando la conversación.

La vida cristiana es una carrera para conseguir con una petición incesante llegar a ser dóciles y humildes como Jesús, teniendo sus mismos sentimientos. Piensa qué vas a decirle a Dios: darle gracias, pedirle algo concreto, pedir perdón por algo, etc. Luego en voz alta comparto lo que Dios me ha comunicado en esta palabra. Concluimos con el rezo del Padrenuestro, Avemaría y Gloria con las manos unidas.

COMENTARIO

Esta parábola del fariseo y el publicano, exclusiva de Lucas, sirve de complemento a la del juez y la viuda que leíamos el domingo pasado. Ambas nos ofrecen una reflexión sobre el tema de la oración, sobre las disposiciones interiores necesarias para orar bien y ser escuchados por Dios. Hoy se elogia al orante con actitud humilde y sincera en la oración.

La parábola expone la idea, recurrente en Pablo, de que nadie es justo por sí mismo, sino que la justificación es obra sólo de la misericordia de Dios. La parábola enseña cómo el ser humano deja de ser justo por el orgullo y es justificado por Dios en la humildad: **“El que se humilla será enaltecido”**. El fariseo erguido *“oraba hacía sí en su interior”*, es decir, extasiado ante su propia santidad, pues se consideraba justo por mérito propio.

El fariseo hace una oración de acción de gracias, pero está llena de la autocomplacencia del elogio de sí mismo. Manifiesta lo complacido que él está consigo mismo y lo complacido que Dios debería estar de él. El fariseo realmente no está dando gracias a Dios, ya que él está convencido de ser justo por sus propias fuerzas y así, sin más, espera recibir la aprobación de Dios. Además, se compara con los demás para, despreciando al prójimo, brillar si cabe aún más.

Hoy en día este fariseo anda suelto por aquí: *“Yo no he matado a nadie; no he robado nada a nadie; no he cometido ningún adulterio; ¿qué necesidad tengo entonces de confesarme? Yo no tengo pecados. Dios y los hombres deben estar contentos de mí, como lo estoy yo de mí mismo”*. Es verdad que Dios ha prohibido tales cosas, pero también ha ordenado Dios amarle sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo. ¿Quién puede estar entonces satisfecho de sí?

El publicano no puede justificar lo que ha hecho, es un pecador y se reconoce como tal y desde ahí busca la reconciliación con Dios. Al final vuelve a su casa justificado, no porque sus pecados no fueran tan graves, sino porque, a pesar de que cargaba con todos sus pecados, se ha dirigido a Dios del modo justo. En esta oración reconoce su culpa con sinceridad y sin rodeos. No aduce ninguna excusa ni pretexto. Él sabe que sólo de Dios puede venir el perdón, por eso le expresa este gran deseo: **“Dios, ten a bien reconciliarte conmigo, que soy pecador”**. A pesar de sus pecados, se acerca sinceramente a Dios pidiéndole misericordia. Y esta sinceridad y confianza es la que le vale la justificación por parte de Dios, la que le hace justo y le da la paz que proviene de la reconciliación.